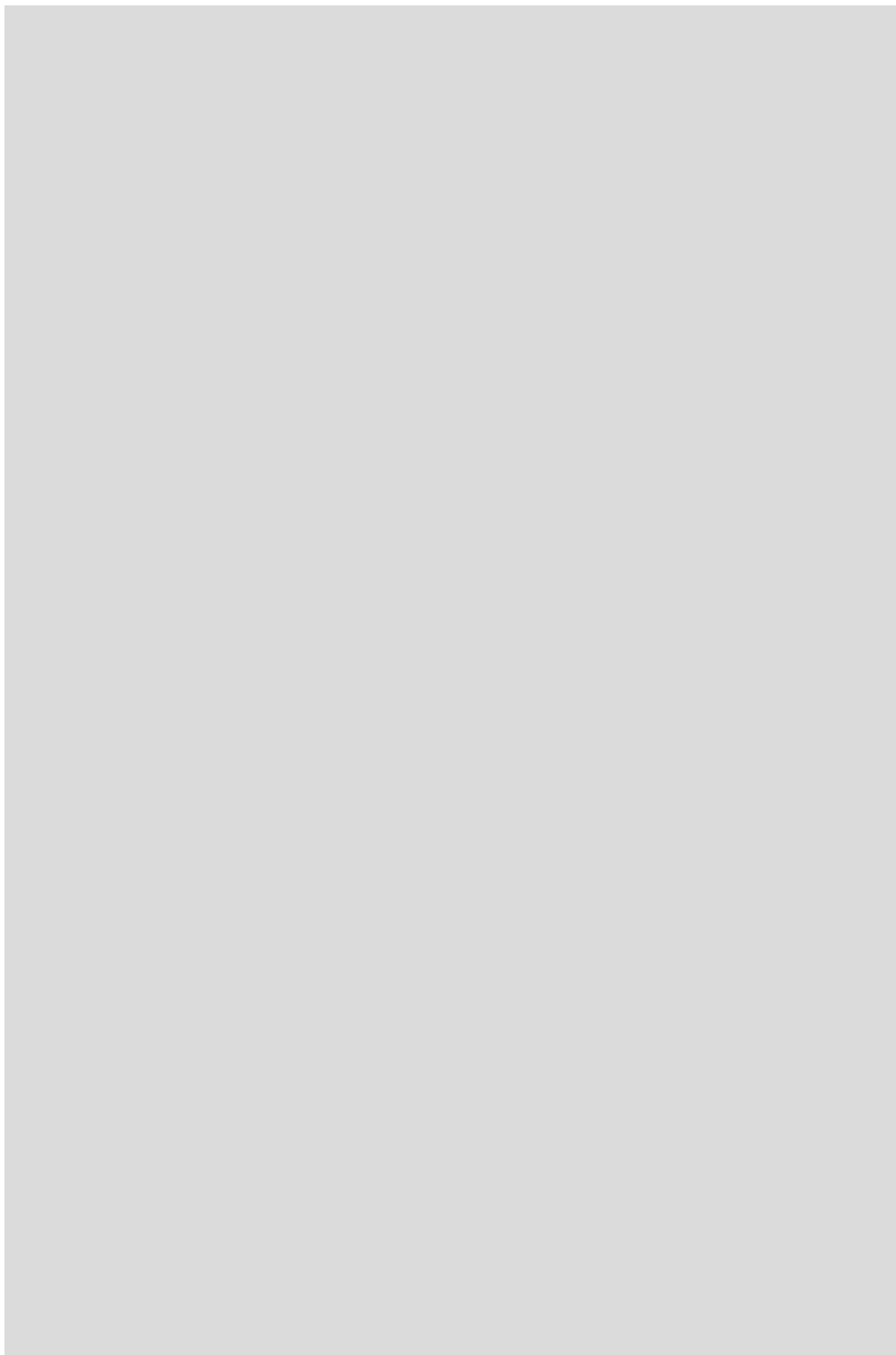


PASION POR EL PASADO

vespasiano



Capítulo 1

Capítulo 2

CAPÍTULO II

arraco, año 43 d.C

Calpurnio se relamía al contemplar a su nueva conquista. Recostado sobre uno de los divanes del triclinio, acariciaba los pechos de aquella mujer tan hermosa.

El ambiente era muy acogedor: un fresco en la pared representaba la imagen de Venus surgiendo de la muerte, rodeada de un cielo azul y un mar verdoso. En el otro extremo, Baco se inclinaba obscenamente sobre una joven virgen. Un busto de mármol era testigo de las caricias de los dos amantes.

Calpurnio era un joven apuesto y contaba por decenas las mujeres que habían pasado por su lecho. Sin embargo, aquella dama, más madura y con un carácter muy especial, había provocado en él una enorme atracción. Hacía apenas una semana que se habían conocido. Fue un encuentro casual en el foro, ante uno de los puestos ambulantes del mercado. Ella estaba olisqueando en una cesta de perfumes exóticos. Él se acercó, sigiloso, cogió uno de los frascos y se lo ofreció con una enigmática sonrisa. Ahora se hallaban en la casa de Aldano, como dos adolescentes traviesos.

–¡Eres tan bella!

–¿Tú crees Calpurnio?

–No he conocido jamás a una mujer como tú ¡Jamás! .Y tu cuerpo...

–suspiró profundamente–. Afrodita te condenaría al infierno por superar su hermosura.

–¡Mientes! ¿A cuántas mujeres habrás dicho lo mismo?

–Te juro por los dioses que es cierto. Sigamos jugando. Te prometo que probarás la miel más dulce que hayas imaginado.

–Es tarde –advirtió ella, cambiando la expresión de su cara y adoptando un tono más distante–. Aldano regresará pronto con mi hijo. Han ido a la plaza a ver a los cómicos callejeros. Hoy se celebra el día grande de las Lupercalias. ¿Lo recuerdas?

–No, yo sólo me acuerdo del día que te conocí.

–Debes irte –insistió ella.

–Deja que me quede un poco más...

Mesalina apartó bruscamente la mano de Calpurnio y se incorporó sobre el lecho.

–¡Vístete! –ordenó, mientras ocultaba su desnudez bajo una sábana.

El joven amante se quedó de piedra. Era indudable que aquella mujer tenía muchas agallas, pero... ¡era tan hermosa! Calpurnio se vistió con

rapidez, calzó sus sandalias y atravesó el jardín de la casa de Aldano, con la seguridad de volverla a ver.

Mesalina se quedó sola en la habitación y vio reflejado su rostro en uno de aquellos frescos. A sus treinta años conservaba la frescura de una adolescente. Su piel era tersa y las facciones suaves; los ojos verdes y brillantes reflejaban una mirada intensa, adornada con una larga cabellera negra que se enroscaba sobre reflejos de nácar. Mostraba un cuerpo esculpido con senos generosos, cintura estrecha y formas voluptuosas. Desde niña se había acostumbrado a dominar a los otros y no soportaba recibir órdenes de nadie. Con el paso de los años esa ambición la había convertido en un ser posesivo e inteligente. Si estaba yaciendo con Calpurnio no era por casualidad: el joven patricio pertenecía a una acaudalada familia de Tarraco, de gran reputación y mayor fortuna. –¡Quién sabe! –pensó–. Tal vez este idiota pueda suplir las necesidades de una pobre viuda.

La suerte no siempre estaba del lado de los valientes y si Salvio no regresaba vivo de Britania, ella tendría a alguien dispuesto a ofrecerle la luna.

–¿Me has echado de menos?

–¡Por supuesto hijo! ¿Te has divertido con los cómicos?

Marco soltó la mano de su tío y se acercó a su madre con mucho sigilo. Permaneció quieto, con los brazos estirados y sin decir nada. Aldano los observaba desde el umbral de la puerta. Esperaba que Mesalina tuviese un gesto cariñoso hacia su hijo y lo abrazara, pero ésta ni se movió del diván. Se limitó a coger una copa de agua de la mesa y a beber su contenido.

Aldano arrugó el ceño. Siempre había sido un hombre robusto, pero ahora se le notaba un exceso de carne en aquella panza de aspecto musculoso. Su rostro, redondo, de frente amplia y cabello escaso, contrastaba con una mirada firme y bondadosa a la vez. Viendo la actitud de Mesalina, decidió interrumpir aquella situación tan incómoda:

–¡Marco! Es muy tarde y mañana tienes que ir a la escuela. Además, me prometiste leer otro capítulo de la Odisea.

–¿Qué canto toca hoy? –preguntó el niño, intrigado.

–Huumm, creo que el séptimo...

–¿Y sucede algo importante?

–Más de lo que te imaginas.

–Anda, cuéntame...

–Verás. Tras la aventura con Atenea en el bosque... ¿recuerdas?

–Sí, sí... claro.

–Pues bien. Tras implorar a la diosa que le ayudara a volver a su patria, Odiseo llega hasta el palacio de Alcino, el rey de la isla de Esqueria. Entonces...

–¿Entonces qué?

–Vamos a ver... ¿quién debe aprenderse la historia? ¿Tú o yo? Anda y no seas diablillo...

De acuerdo tío, ¡ahora mismo voy!

Viendo que su madre no decía nada, Marco se alejó de ella y pasó ante las narices de Aldano como una exhalación. Durante su alocada carrera casi tropieza con los pies de Samira. La esclava estaba sentada en el pasillo remendando unas telas.

–¡Te vas a matar!

Marco se detuvo al instante al escuchar aquella voz tan familiar.

–¡Samira! –exclamó.

Samira era la única persona que lo había cuidado desde que era pequeño. La quería mucho, aunque su madre le recordara a menudo que era una simple esclava.

–Perdona –se disculpó.

–Tranquilo. He podido contarle...

–Con la oscuridad no te he visto... ¿Te he hecho daño? –le preguntó, al tiempo que miraba sus diminutos pies con gran curiosidad.

–¡Claro que no, cervatillo! ¿Qué estás mirando con esa cara tan rara?

–Son tus pies... ¡Qué pequeños son!

–¿No serás tú que te vas haciendo mayor? Además, estos pies nunca me han llevado lejos. No me hacen falta unos más grandes.

Samira era la sirvienta de la familia. Una mujer delgada, de mirada tierna y condición humilde. Iba siempre vestida con un traje de faena que se ceñía con un cíngulo de cuerda. Rondaría los cuarenta años pero tenía las manos encallecidas y arrugadas de quien trabaja en el campo. Procedente de una captura de esclavos en Tingitana, fue separada de su familia y vendida a Salvio por cincuenta denarios. Mesalina necesitaba a alguien que se ocupara del niño y se encargara también de las tareas del hogar. La compra resultó ser un buen negocio. Desde niña, Samira demostró ser muy trabajadora y cumplió con todas sus obligaciones sin un amago de rebeldía. A Marco lo apodaba “cervatillo” a causa de la nariz redondeada y respingona, que le daba un aspecto ciertamente gracioso.

Cuando Mesalina no estaba en casa (muy frecuentemente, por otra parte) Marco se quedaba bajo el cuidado de la esclava. Apoyaba la cabeza sobre sus rodillas y escuchaba ensimismado las leyendas que ésta le contaba.

Samira le hablaba de guerreros valerosos, de animales salvajes que acechaban en la selva o en el desierto, de tesoros enterrados... A menudo, el viejo Aldano se acercaba a la cocina y les hacía compañía. Él mismo se encargaba de preparar las ramas de leña seca para encender el fuego del hogar. Allí, a la lumbre de las llamas, tío y sobrino disfrutaban de las historias que Samira había aprendido cuando era niña.

–Anda ¡aparta de aquí! –gruñó–. A tu madre no le gusta vernos juntos.

–¡No me importa! –replicó el chico, y a continuación se despidió de ella con un abrazo.

En el triclinio, Mesalina había iniciado una discusión con Aldano. Se dirigió a él con una actitud grosera.

–Me disgusta que Marco pierda el tiempo con esos libros tan raros.

–¿Raros? Son poemas épicos.

–No sirven para nada...

Vaya... ¿quieres que tu hijo acabe siendo un necio y un patán?

–¡Por supuesto que no! –gritó–. Pero esas cursiladas no le servirán para afrontar la vida que le espera. Son palabras inútiles...

–¿Y qué pretendes que haga Marco? –insistió Aldano–. ¿Servir en el ejército, como mi sobrino?

–Ese sería mi deseo. Tal vez allí pueda crearse un prestigio y acabar lo que nunca empezó su padre: ocupar un asiento en la Curia romana.

–Roma, Roma... ¡Maldita sea! ¿No sabes hablar de otra cosa?

–¿Prefieres que hable de tu querida Tarraco?

–No veo que problema te causa esta ciudad. Es un lugar espléndido para vivir o... ¿acaso no es lo suficientemente discreta para ti?

–¿Qué insinúas?

–Ya sabes a lo que me refiero. Hace varios días que mis vecinos no dejan de murmurar. Al parecer, un desconocido ha entrado en esta casa en varias ocasiones. Aparece y desaparece como por arte de magia.

–¿Y tú les crees? Desde mi llegada, esas víboras no han dejado de escupir veneno con sus calumnias. ¡Envidiosos! No soportan la presencia de una auténtica dama romana.

–¿Y qué supone eso? –ironizó Aldano–. ¿Acostarse con otros hombres mientras Salvio lucha por nosotros en Britania?

–¿Acaso tienes pruebas? Si no es así ¡cállate!

–Lo haré por respeto a mi sobrino. Sin embargo, te aconsejo que no vayas ensuciando el buen nombre de la familia. Tu deber como esposa exige un comportamiento ejemplar.

–¡No me digas lo que tengo que hacer! –Mesalina se levantó del diván y lo empujó hacia un lado de una patada. El ruido se escuchó por toda la casa.

–Te equivocas –replicó Aldano–. Si te reprendo es por el bien de Marco, al que tengo mucho cariño. Cuando llegasteis aquí, perseguidos como unos miserables furtivos, no dudé en acogeros sin reclamar nada a cambio. Ahora puedo ver cómo me lo has pagado. No olvides además que fuiste tú, precisamente, quien obligó a Salvio a regresar a la legión.

–¿Y qué pretendías que hiciese? Cualquier cosa menos verle trabajar en una carpintería, como tú.

–Al menos ese trabajo me permite vivir con dignidad.

–¿Dignidad? ¡Eres como él! Todos los Flaco sois iguales. Os conformáis con un trabajo de mierda sin ninguna aspiración.

–Te podría contar la historia de Diógenes, pero sé que no entenderías nada.

–¿Qué tonterías estás diciendo? ¡Ufff! Espero que Marco nunca llegue a ser como vosotros.

Aldano la miró con lástima. Mesalina no merecía más que el desprecio. Decidió zanzar la discusión y se alejó de allí con la respiración agitada,

pensando que Marco no se merecía una madre como aquella. Ella se apoyó de nuevo en el borde del diván, escupió al suelo y murmuró entre dientes.

–¡Maldito Salvio! ¿Cuándo vas a regresar?

–¡Corred, corred! –gritaba Quinto, mientras una lluvia de flechas caía sobre ellos.

La estrategia de Plaucio no había resultado. Los arqueros enemigos habían disparado sobre las tropas auxiliares y habían obligado a los soldados romanos a parapetarse tras una colina cercana al río. Salvio ordenó a sus hombres que se ocultaran tras las rocas que sobresalían de aquel montículo.

–¡Maldita sea! –perjuró entre dientes.

Salvio ya había advertido al viejo general que aquel plan no era tan brillante como suponía. Quinientos hombres armados atravesando un río tan caudaloso, a plena luz del día, eran visibles a varias leguas de distancia, un blanco perfecto para sus enemigos. Sus temores se habían hecho realidad. Una patrulla britana los había descubierto cuando apenas la mitad de ellos habían logrado poner el pie en tierra firme.

–¡Maldita sea! –repitió.

Quinto se encontraba a su lado y le miraba de reojo. El mismo tribuno que le había castigado la noche anterior, echaba pestes por la boca.

–¿Qué órdenes tenemos ahora, señor? –se atrevió a preguntar.

Salvio mantenía el rictus imperturbable y observaba la posición que habían alcanzado. Según sus cálculos se hallaban a escasa distancia de Tonbridge, protegidos del ataque enemigo. Pero... ¿hasta cuándo podrían resistir en aquella madriguera?

–Escucha optio –dijo, al fin, señalando al fondo de la colina–. Vamos a dispersarnos en grupos muy pequeños, ¿entiendes? Atacaremos ese maldito pueblo, sea como sea.

–Señor –advirtió Quinto–, los britanos conocen nuestra posición. Es muy arriesgado salir de aquí. Nos matarán a todos.

–Si nos quedamos, moriremos de todos modos. ¿Qué podemos perder?

–Tal vez tenga razón, pero...

–¿Qué sucede optio?

–Nada señor... bueno...

–Vamos, habla. ¿Cuál es el problema? –insistió de nuevo.

–Tengo miedo, señor –confesó finalmente, ocultando su avergonzado rostro tras el escudo–. No me mate por decir eso.

Aquella respuesta era lo último que Salvio esperaba oír. Arrugó la frente mientras pensaba: “¡Menudo valiente!” Observó con detalle a aquel joven soldado: comparado con la mayoría de los legionarios, apenas era un mozalbete. Un niño, un imberbe, un novato... ¿Cómo pretendía que se batiera con los salvajes britanos, faltos de escrúpulos y que le doblaban el peso?

–Escucha optio –dijo entonces–. Si sales vivo de esta, te nombraré centurión.

A Quinto le desconcertó aquella respuesta. También era lo último que esperaba escuchar.

–¡Gracias señor! –exclamó–.

–Limítate a cumplir mis órdenes y tal vez sobrevivas –concluyó Salvio.

A la orden de su tribuno, los soldados romanos abandonaron aquella colina como una plaga de ratas. De poco les sirvió. Sus maltrechos uniformes, empapados de agua y llenos de barro, entorpecían sus pasos. Muchos cayeron antes de alcanzar las primeras casas de Tonbridge. Sus gritos de angustia se escucharon en un lamento ensordecedor. Las flechas lanzadas por los guerreros de Togodumno estaban provocando una verdadera masacre.

Desde la otra orilla, las tropas de Plaucio no alcanzaban a ver qué estaba sucediendo.

–¿Por qué no arden esas malditas cabañas? –preguntó enfadado el general.

–No lo sé, mi comandante –Vespasiano notó la angustia de Plaucio–. Es muy extraño. Deberían haber atacado antes del mediodía.

–No podemos esperar más. El efecto sorpresa va a fracasar.

–¿Puedo sugerir algo, señor?

Plaucio era un manojo de nervios en aquel momento, pero notó un cierto desafío en las palabras de Vespasiano... ¿Sugerencia? pensó. ¿Desde cuándo un tribuno se atreve a opinar en plena acción de ataque?

–Habla... –dijo, con voz ronca y carente de energía.

–Debemos confiar en las tropas auxiliares.

–¿Qué? –contestó, mirándole con los ojos inyectados en sangre.

–Los hombres de Salvio han demostrado su valía en numerosas ocasiones. Tal vez fuera prudente esperar, antes de iniciar el ataque.

–¿Esperar? Sí. Podría ser una buena idea, pero...

–¿Señor?

–En estos momentos, yo sigo al mando.

Sus miradas se cruzaron durante unos instantes, pero fue suficiente para comprender que ambos pretendían imponer su autoridad. Vespasiano claudicó y asintió a regañadientes. Plaucio ordenó la ofensiva de inmediato: los pontones se echarían sobre el río aunque cayera un infierno sobre ellos.

–¡Adelante soldados! –vociferó.

Los infantes, situados en primera línea de ataque, se acercaron hasta la orilla y empujaron los pesados troncos de madera que se habían dispuesto en el río la noche anterior. Las flechas britanas empezaron a caer desde el cielo, silbando sobre sus cabezas.

En la orilla contraria, Quinto había alcanzado una de las casas de la aldea. Se apoyó contra la pared y vio que la puerta estaba entreabierta. Se arrastró por el suelo para no ser descubierto. Con el máximo sigilo

penetró en el interior de la cabaña. Cuando la penumbra se desvaneció, vio unas enormes cáligas ante sus narices.

–Enhorabuena optio –susurró una voz conocida–. Veo que todavía sigues vivo.

–¡Caramba! Me ha dado un buen susto, señor.

Salvio también estaba en aquella casa. Había llegado antes que él. Se interesó por su estado.

–¿Te encuentras bien? –preguntó–. No haces muy buena cara.

–Sí, señor –mintió–. Solo estoy un poco fatigado.

A Quinto le costaba respirar. Durante la huida se había tropezado, golpeándose el pecho contra una roca. Aunque probablemente se habría roto alguna costilla, no quiso decirle la verdad. No quería parecer de nuevo un cobarde.

–Me alegro, optio –dijo Salvio, manteniendo la voz en un susurro–. Ahora empieza nuestra misión. Incendiaremos esta cabaña y todas las que podamos, ¿entendido?

–Perfectamente señor.

Quinto abrió la mochila con ciertas dificultades a causa del creciente dolor que se irradiaba alrededor de sus pulmones. ¿Conseguiría prender fuego? Durante los días de instrucción había realizado alguna práctica con buenos resultados, pero ahora se hallaba en una situación real. No podía permitirse el lujo de cometer un error. Golpeó el pedernal repetidas veces. “Vamos, vamos”, se dijo, tratando de insuflar un poco de calma. Tras varios intentos una de las chispas prendió sobre el diminuto montón de paja que había preparado previamente. Sopló con mucho cuidado para avivarlo. Las llamas se propagaron con rapidez y provocaron la sonrisa de Salvio: era el momento de escapar.

–¡Sígueme, rápido! –ordenó.

Se dirigieron a otra casa protegiéndose con los escudos. De repente, Salvio se detuvo en medio de la plaza.

–Señor... ¿qué está haciendo? –advirtió Quinto.

Salvio le hizo señas para que bajara la voz. La aldea estaba desierta. Miro a su alrededor, atónito. Parecía muerta. Ni una luz, ni una voz. Todo era silencio. El último resplandor del ocaso teñía los tejados de rojo.

–Parece que los britanos han evacuado el pueblo –caviló Quinto, sin dejar de protegerse con el enorme escudo.

–Sí, pero... resulta tan extraño...

–¡Mire señor! ¡Allí!

Una densa nube gris se elevaba por encima de las copas de los árboles más cercanos. Al parecer, otros soldados habían llegado a la aldea y cumplían con la misión que se les había encomendado.

–¡Perfecto! –exclamó Salvio, golpeando la espalda de su acompañante–. No estamos solos.

Quinto sintió un fuerte dolor en las costillas pero se limitó a morderse la lengua. A los pocos minutos, varias de las casas ardían por completo, provocando una nube humeante que llamó la atención de los soldados britanos. Togodumno, envuelto en una rabia incontenible, decidió actuar

con rapidez y envió a una patrulla para enfrentarse a aquella rapiña de incendiarios.

–¡Alteza! –advirtió, de repente, uno de sus generales.

El musculoso líder de los catuvellaunos dirigió su mirada hacia el río: las tropas enemigas iniciaban un ataque en toda regla. Los primeros legionarios cruzaban sobre el rudimentario pontón de troncos, de manera lenta pero decidida. Desde la retaguardia, Vespasiano, sonriente, comprobó que las tropas auxiliares habían cumplido con su misión. A su lado, Plaucio ensombreció el rostro. Se había iniciado la partida final.

En la aldea, Salvio había logrado reunir a varios de sus hombres, aunque entre todos ellos apenas sumaban un centenar. Bruto también se encontraba allí. El veterano legionario lanzó una mirada de desprecio a Quinto: todavía no habían pasado cuentas de lo sucedido la noche anterior. En aquel momento, Salvio desenvainó la espada y arengó a sus soldados para hacer frente a lo que se les venía encima:

–Legionarios de Roma, ha llegado el momento. ¡Luchad conmigo para honrar al Imperio!

Una marabunta de guerreros britanos se acercaba hacia ellos. Eran bestias, con largas cabelleras, barbas pobladas y el cuerpo tatuado con símbolos celtas. Gritaban como animales enfurecidos y enarbolaban espadas muy parecidas a las suyas. Quinto contuvo la respiración y se encomendó a los dioses. El dolor en las costillas había desaparecido por completo.

Los dos bandos cayeron precipitadamente uno sobre otro. Un guerrero de aspecto despiadado avanzó con la lanza levantada, listo para atacar.

–¡Cuidado señor! –advirtió Quinto.

Salvio se dio la vuelta, empujó el escudo hacia adelante y desvió la lanza enemiga a un lado. El guerrero britano, sorprendido, dudó un instante y eso fue su perdición: Salvio le clavó la espada en el costado. Después, dio una orden a sus hombres:

—¡En posición, rápido!

Los legionarios iniciaron un repliegue de tortuga sobre ellos mismos, formando una coraza defensiva con los escudos. Aquel movimiento era un ejercicio que habían practicado durante la instrucción. Con una rapidez endiablada, se juntaron unos contra otros hasta formar una línea sólida de unos cincuenta hombres. Los britanos seguían apiñándose a su alrededor y trataban de hacerlos retroceder. No cesaban de golpear con espadas, hachas y lanzas.

–¡Moveos a la izquierda, conmigo! –gritó Salvio, mientras divisaba más y más guerreros.

Un soldado que se hallaba junto a Quinto se desplomó con un grito agudo cuando la punta de una lanza le atravesó la pantorrilla. La centuria cerró filas y siguió retrocediendo. Los gritos de aquel soldado cesaron cuando su cabeza se desprendió del cuerpo. Quinto tragó saliva y mantuvo sus músculos en tensión, mientras Salvio permanecía a su lado en estado de alerta y arengaba a sus hombres, aún sabiendo que el final estaba cerca.

Eran muy inferiores en número y no tenían ninguna posibilidad de salir vivos de aquel infierno. La barrera de escudos iba siendo diezmada con rapidez. Uno tras otro, los legionarios caían como moscas sobre la tierra púrpura.

Quinto se había contagiado del valor de su tribuno y gritaba con rabia, mientras golpeaba sobre cualquier cuerpo que se ponía al alcance de su espada. Su escudo vibraba y se estremecía con el impacto de los golpes. En aquel instante sucedió algo inesperado. Salvio fue alcanzado por el filo de una espada enemiga y cayó herido. Dos guerreros britanos se situaron en posición de tiro y lanzaron sus armas contra él. Uno de ellos dio en el blanco y Salvio soltó un grito de dolor. Bajó la guardia, dejó caer el escudo a un lado y, al instante, el segundo lancero le alcanzó en la axila. Salvio cayó sobre el fango con la cabeza de lado, los ojos desorbitados y la sangre saliendo de su boca.

–¡Maldición!! –el estremecedor grito de Quinto rasgó el cielo de Britania.

Aquéel había sido un golpe terrible para la moral de los legionarios. Sin la presencia de su comandante se hallaban desorientados. Los britanos, envalentonados, siguieron adelante como poseídos por mil demonios. Tal vez lo estuvieran. Quinto vio a unos hombres de extrañas vestimentas y barbas enmarañadas que animaban a los britanos. Aquellos hombres eran druidas, cuyas proezas se les relataban a los niños romanos para asustarles.

Cuando la derrota parecía irremediable, el sonido de las cornetas anunció la llegada de las legiones romanas. Los britanos no sabían muy bien qué estaba sucediendo hasta que observaron, a lo lejos, el brillante estandarte del águila. Plaucio había ordenado el ataque final y miles de cáligas golpeaban frenéticamente contra el suelo. Togodumno alzó la vista hacia el horizonte y maldijo a los dioses. Los britanos cesaron su ataque de inmediato, se batieron en retirada y se adentraron en el bosque. La batalla había terminado.

Los legionarios no podían creer lo que estaba sucediendo. Sus enemigos se habían esfumado.

–¡Estamos vivos! ¡Es un milagro!

–¡Ja, ja! Mira –gritó uno de ellos–. ¡Están rompiendo filas! ¡No quieren probar el pellizco de la tenaza romana!

Los soldados estallaron de júbilo mientras dejaban caer sus espadas al suelo. Vespasiano, a una distancia prudencial de la tropa, celebraba también la victoria junto a su hermano. El poder y la gloria estaban cada vez más cerca.

Decenas de muertos se esparcían por el suelo. El hedor a sangre contagiaba las casas, los caminos, los árboles... Quinto se alejó de aquel murmullo y buscó el cuerpo de Salvio. Caminó unos pasos hacia el río y lo encontró clavado en la estaca de un cercado. Algún guerrero britano lo había crucificado para aumentar más su agonía. Quinto lo observó detenidamente mientras espantaba las moscas que se arremolinaban sobre el cuerpo. Ahora no sería más que alimento para las cornejas y los

buitres. Agotado bajo un tibio sol, creyó escuchar los gritos de agonía transportados por la brisa.

A lo lejos, la algarabía de los supervivientes se había ido disipando hasta enmudecer por completo.

Sin darse cuenta, estaba solo.

A pocos metros de distancia, agazapado tras unos arbustos, alguien le observaba detenidamente. Una sombra amenazante con la respiración agitada y los ojos llenos de rabia que le escrutaban en silencio.

Quinto tuvo la sensación de que algo se movía a sus espaldas. Escuchó un leve quebrar de hojas. Cuando giró su rostro hacia la maleza, una enorme piedra golpeó en su frente.

–¡Aaaaggg!

Quinto hizo un ademán con las manos para protegerse, pero la vista se le nubló y cayó desmayado sobre la hierba, a muy poca distancia del cadáver de Salvio. Durante unos instantes reinó de nuevo el silencio y el tiempo se detuvo en aquel lugar.

Cuando despertó, sus ojos distinguieron una figura borrosa que se erguía ante él. Entonces, aterrado, vio una espada enorme sobre su cabeza.

–¡Adiós, imbécil!

Se estremeció al ver el rostro de Bruto.